

COLECCIÓN BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN

©Héctor Caño Díaz, 2025

©Editorial de la Universidad de Alcalá, 2025

Plaza de San Diego, s/n

28801 Alcalá de Henares (Madrid)

©Instituto Universitario de Investigación en Estudios

Norteamericanos "Benjamin Franklin" de la Universidad de Alcalá

Calle de la Trinidad, 1

28801 Alcalá de Henares (Madrid)

Tel. 91 885 52 52

www.institutofranklin.net

PORTADA: David Navarro

UNA TEMPORADA EN VIETNAM. La guerra cultural en Estados Unidos

ISBN: 978-84-10432-21-5

Depósito legal: M-15028-2025

Coordinadora editorial: Ángela Suárez Sedano

Impreso en España

Impresión: Egersis

Maquetación: adamGRAFIC

Precio de este ejemplar: 15 euros

UNA TEMPORADA EN VIETNAM

La guerra cultural en Estados Unidos

HÉCTOR CAÑO DÍAZ



— BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN —

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Francisco Sáez de Adana Instituto Franklin-UAH

COMITÉ ASESOR

Carmen Flys	UAH
Fernando Galván	UAH
José Antonio Gurpegui	Instituto Franklin-UAH
Sylvia Hilton	UCM
Francisco Moreno	Instituto Franklin-UAH

COMITÉ DE REDACCIÓN

Silvia Betti	Università di Bologna
Francisco Castilla	UAH
Thomas Chávez	University of New Mexico
Cristina Crespo	Instituto Franklin-UAH
Carmen de la Guardia	UAM
Miguel Ángel de Zavala	Instituto Franklin-UAH
Lorenzo Delgado	CSIC
David Fernández Vítóres	UAH
David García Cantalapiedra	UCM
Maya García Vinuesa	UAH
Jesús García Laborda	Instituto Franklin-UAH
Silvia Gumiel	UAH
Luisa Juárez	Instituto Franklin-UAH
Montserrat López Mújica	UAH
José Javier Martínez Herráiz	UAH
Carmen Méndez	UCM

COMITÉ EDITORIAL

Ana Lariño	Instituto Franklin-UAH
Ángela Suárez	Instituto Franklin-UAH

Introducción

INTRODUCCIÓN

Vietnam es una herida abierta en el corazón de los Estados Unidos.

La guerra de Vietnam fue, en esencia, una guerra de guerrillas para la que el ejército norteamericano no estaba preparado. Pagaron aquella presunción con sangre. Los líderes, quienes tomaban las decisiones en un despacho, en una sala de operaciones, sentados alrededor de una gran mesa, se suponía que eran “los mejores y más brillantes” (*The Best and the Brightest*) de su generación¹.

Una élite instruida en Harvard: el galante John Fitzgerald Kennedy; su tenaz hermano menor Bobby Kennedy; el secretario de Defensa Robert McNamara que fue presidente de Ford Motor Company; el asesor de Seguridad Nacional McGeorge Bundy, que había sido el decano más joven de aquella universidad; el presidente del Estado Mayor Conjunto Maxwell D. Taylor, que luego fue nombrado embajador en Vietnam del Sur; el secretario de Estado Dean Rusk, quien fue fideicomiso en la Fundación Rockefeller. Verlos a todos juntos debía de ser impresionante. Una vez, el vicepresidente Lyndon Johnson quedó deslumbrado por la brillantez de aquel grupo de intelectuales y volvió del encuentro acoquejado. Su mentor, el entonces portavoz de la Cámara de Representantes Sam Rayburn le dijo: “Bueno, Lyndon, quizá sea cierto, pero me sentiría mucho mejor si uno de ellos se hubiera presentado para sheriff”². Aquellas luminarias se metieron sin pestañear en la boca del lobo, o mejor dicho, metieron al país entero en el atolladero.

El Golfo de Tonkin, Ap Bac, el valle de Ia Drang, Da Nang, Dak To, Cu Chi, Khe Sanh, Hué, My Lai... aquello sonaba como una tira de *Terry and the Pirates* (1934-1973) de Milton Caniff. Lugares exóticos y recónditos de los que ningún estadounidense oyó hablar jamás, casi lugares imaginarios que convertían la guerra de Vietnam en una especie de cuento para ir a dormir, donde los valientes muchachos que luchaban en nombre de la democracia triunfarían al final antes regresar a su hogar a la hora de la cena.

En vez de ello, los dirigentes políticos acabaron enfrentándose a la mayor brecha social en la historia del país, solo comparable a la Guerra Civil. Halcones y palomas, reclutas, voluntarios que se alistaban en el ejército, hippies, objetores de conciencia, manifestantes, activistas, oradores, rockeros, veteranos traumatizados o lisidos, familias preocupadas, novios ausentes y una mayoría silenciosa que no daba crédito a la situación tumultuosa que se vivía en las calles y en sus casas.

Los políticos, aquellos hombres sumamente inteligentes que llevaban las riendas de la nación, no fueron capaces de admitir su error de cálculo y peor aún, en vez de retroceder o reevaluar la cuestión a tenor de los resultados desastrosos, seguían empeñados en su error. Para no aterrorizar al público, lanzaban mensajes positivos del tipo “ahora vemos la luz al final del túnel” en lugar de divulgar los informes clasificados que transmitían los pronósticos más pesimistas. Como revelaría *The Washington Post*, los líderes supieron prácticamente desde el principio, al poco tiempo de enviar las primeras tropas terrestres, que la guerra no podía ganarse. Para no sufrir el descrédito y admitir su equivocación, siguieron adelante mientras llevaban a cabo una campaña de desinformación fuera de toda lógica, que solo los más convencidos en la infalibilidad del gobierno podían creer a pies juntillas sin atragantarse. Los demás estaban estupefactos ante la hipocresía institucional que se mantuvo tantos años sin que un solo presidente o portavoz gubernamental se ruborizara nunca en público. Otros han sido mucho más comprensivos con la figura de Kennedy: “era un sagaz analista de las complejidades de Vietnam, pero no era del todo inmune a las ilusiones”³.

Los altos mandos militares maximizaron las recompensas y minimizaron los riesgos. No supieron interpretar la situación: no conocían el terreno, subestimaron a su adversario, creyeron que triunfarían allí donde otros países habían fracasado antes, ni siquiera sabían leer y analizar los datos. O peor, sabían la verdad y la maquillaban igual que los políticos, para no admitir su suprema incompetencia. Entretanto, decenas de miles iban a Vietnam a morir, jóvenes ingenuos que fueron embaucados apelando al patriotismo más luminoso, sin saber que se perderían en el sumidero más oscuro del infierno.

Medio siglo después aquella guerra sigue generando controversia en la sociedad norteamericana: los que pedían que terminase frente a quienes todavía piensan que la retirada fue un acto vergonzoso forzado por los radicales. La huella en su cultura, su significado y simbolismo sigue levantando ampollas a pesar del tiempo transcurrido. Estados Unidos aún siente un estremecimiento al considerar que sus héroes y sus seres amados –hijos, maridos y padres– actuaron muchas veces como bestias sanguinarias, asesinos de masas y psicópatas homicidas. La nación se mira en el espejo y ya no puede reconocer lo que ve, el espectro de un joven soldado de gatillo fácil incendiando aldeas y disparando a quemarropa contra mujeres y niños. Una pesadilla recurrente, un estigma... Vietnam.

Nadie parece recordar las palabras que empleó el dirigente Ho Chi Minh en la Plaza Ba Dinh de Hanoi el 2 de septiembre de 1945: “Todos los hombres son creados iguales; son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. Estaba citando la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Tiempo después se desató la tragedia y el mundo nunca volvería a ser el mismo.

PRIMERA PARTE
Una temporada en Vietnam

PRIMERA PARTE UNA TEMPORADA EN VIETNAM

1. BÚSQUEDA Y DESTRUCCIÓN

1.1. La Compañía Charlie

15 de mayo de 1967. Cuarto Batallón del 47º Regimiento de Infantería. El soldado Don Peterson y el resto de su unidad, el Segundo Escuadrón del Primer Pelotón de la Compañía Charlie, se preparan para cruzar un arrozal en el delta del Mekong. Cinco días antes había escrito a su esposa en una carta: “Me voy a morir. Por favor, sácame de aquí” (Wiest).

Antes de que el pelotón atravesara el arrozal, el segundo escuadrón tendría que adelantarse para reconocer el terreno y comprobar la línea de avance. Estaban a campo abierto, fuera de la vegetación, en el punto de mira de posibles francotiradores. Pasaron un dique y se dirigían hacia una hilera de árboles a cien yardas de distancia cuando se cortó la comunicación por radio. Los hombres no recibieron la orden de retroceder.

En cuanto se separaron del grueso del pelotón y quedaron expuestos, más allá del fuego de cobertura de sus compañeros, estalló el infierno. Una unidad del Vietcong (el Frente Nacional de Liberación de Vietnam) guarecida en búnkeres bajo el suelo salió de su escondrijo y les había tendido una emboscada formando una posición en forma de L. El sonido de los disparos era ensordecedor. El escuadrón puso cuerpo a tierra de inmediato, pero en cuestión de segundos empezaron a sufrir bajas. Charlie Nelson recibió un tiro en el cuello mientras la rótula volaba en pedazos dejándole una pierna destrozada. Dave Jarczewski se acercó rápidamente para vendar sus heridas y recibió un disparo que entró por el hombro, atravesó el abdomen, perforó un pulmón y le rompió cinco costillas antes de salir por la espalda. Enoch Scott recibió un tiro limpio en el hombro. Mientras, acertaron a Carl Cortright en la columna vertebral y se quedó paralizado, con las piernas insensibles.

El segundo escuadrón resistía como podía. Estaban superados en número, atrapados en medio del arrozal y aislados del resto del pelotón recibiendo una lluvia de balas enemigas. Don Peterson se levantó del suelo, permaneció en pie unos segun-

dos y gritó a los demás: “Corred como el demonio y os cubriré” (Wiest). Avanzó hacia los búnkeres abriéndose camino con su M-16 en modo automático mientras los hombres que aún se podían mover buscaban un lugar seguro donde refugiarse. Instantes después Don recibió un tiro en el pecho y cayó en el arrozal.

Don Peterson había nacido en Salinas, California, en 1947. Fue popular en el instituto y jugaba en el equipo de rugby en la posición centro. Jacque McMullen, su futura esposa, le invitó al baile de Sadie Hawkins cuando estaba en tercer curso; inspiradas por las tiras cómicas de *Li'l Abner* (1934-1977), las chicas se insinuaban a los chicos y les invitaban a salir una vez al año invirtiendo las tradiciones. Jacque era rubia y atractiva y estaba enamorada de Don. Él no lo dudó un segundo y empezaron una relación larga. Después de graduarse en el instituto se casaron en la casa de sus abuelos. En primavera de 1966, Jacque iba a decirle que estaba embarazada cuando encontró a Don de pie junto al buzón a la entrada de su pequeño apartamento, acababa de recibir una notificación del ejército: era su carta de reclutamiento.

Don y Jacque se instalaron en Fort Riley, Kansas. Su hijo James nació durante las vacaciones de Navidad mientras estaban de permiso en Montgomery, Alabama. Sólo pudo sostener al bebé durante una hora antes de volver a Fort Riley para ir a Vietnam. El 15 de mayo yacía en el suelo a orillas del Mekong. Los soldados de la Compañía Charlie siguieron combatiendo hasta caer el sol. Al acabar el día se contabilizaban catorce heridos y un solo muerto: el soldado Peterson. Un centenar de norvietnamitas cayeron abatidos a su alrededor. Dave Jarczewski estaba cubierto por un poncho que le mantenía caliente mientras su cara palidecía en espera de atención médica. Un helicóptero Huey evacuó a los heridos y los llevó hasta un hospital de campaña. El Huey se llevó también el cadáver de Don Peterson, que nunca volvió a ver a su hijo.

“Me voy a morir. Por favor, sácame de aquí”. Solo un día más en Vietnam. Desde el punto de vista estratégico, una proporción de cien a uno era un resultado magnífico. Una victoria para la Compañía C (Dennsion). Aquel combate no era nada fuera de lo común, no se recordará como una jornada clave de la guerra. 1967 acabaría con 500.000 soldados estadounidenses desplazados en el sudeste asiático. El general Westmoreland emprendió la ofensiva llevando a sus hombres hasta Dak To y Con Thien: Operación Cedar Falls, Operación Junction City... causando 9.377 soldados muertos y 12.716 heridos, el doble que el año anterior.

El 11 de abril de 1966 sí que se recordaría como una fecha señalada. Era el domingo de Pascua y la Compañía Charlie estaba a diez millas de Cam My. El Segundo Batallón del 16º Regimiento de Infantería había llegado a Vietnam el 14 de julio a bordo del USNS Gordon pero en todos los meses transcurridos nunca vieron nada como lo que les esperaba tal día. El soldado Charles Epperson de Virginia Occidental acababa de cumplir los veinte años el verano antes y ahora se encontraba en

aquel sitio remoto a cuarenta y dos millas al este de Saigón, una plantación de caucho al sur de una pequeña aldea en la provincia de Phuoc Tuy. Una operación de búsqueda y destrucción a gran escala que se complicó inesperadamente. El General DePuy, comandante de la Primera División de Infantería, pretendía usar a la Compañía Charlie como cebo para atraer a los soldados norvietnamitas y ocupó posiciones en Vung Tau esperando atrapar al batallón D800 del Vietcong, perteneciente al 94º Regimiento Dong Nai de la 5ª División del FNLV. Pero la Compañía C contaba sólo con 134 hombres y se quedó aislada de las Compañías Alpha y Bravo. Los francotiradores del VC (Vietcong) abrieron fuego contra ellos y avanzaron cerrando el cerco hasta rodearlos (16th Infantry Regiment Association; Roush; Stanton 97-8). Lo que DePuy no había previsto es que las unidades de refuerzo se vieran tan retrasadas al avanzar a través de la espesura y tardaran en prestar apoyo a la Compañía Charlie. Ya no eran un cebo, eran un objetivo.

El Vietcong rompió sus líneas y atravesó el perímetro defensivo. Los soldados lanzaban granadas de gas lacrimógeno pero el enemigo avanzaba sin pestañear estrechando cada vez más el cerco; al llegar la noche, protegidos por la oscuridad, las unidades del VC retiraban a sus heridos en silencio y rebanaban el cuello a los desprevenidos. Un ochenta por ciento de los soldados murieron en los alrededores de Cam My. Por fin, el 13 de abril las Compañías A y B lograron salir del follaje y llegar a la carretera para reunirse con la Compañía Charlie. Estos habían resistido con tal ferocidad en situación de clara desventaja que les recompensaron con el Premio a la Unidad Valerosa, la segunda condecoración más alta que se concede a unidades militares del ejército norteamericano. El Sargento Primero James W. Robinson, Jr. recibió la Medalla de Honor a título póstumo por su acción heroica en combate.

William Pitsenbarger o “Pits”, como le llamaban, era un paracaidista de salvamento que participó en una misión de rescate aquel 11 de abril. Descendió cien pies en un cable de cabestrante desde un Kaman HH-43 Huskie hasta posarse en medio de la selva y prestar ayuda a las tropas sitiadas. Durante horas, penetró en la jungla en busca de soldados heridos y los arrastró a lugar seguro para que fueran atendidos. Charles Epperson, ese joven virginiano que acababa de cumplir los veinte años de edad, se agazapaba detrás de algunos troncos de árbol protegiéndose de las ráfagas de proyectil que venían de todas direcciones. Epperson vio a Pitsenbarger atravesar la lluvia de balas para socorrer a sus amigos y siguió su ejemplo.

Cuando el último helicóptero estaba a punto de despegar y salir de la zona de combate, bajo asedio enemigo, Pits decidió permanecer en tierra para seguir luchando junto a sus compañeros. Martin L. Kroah, Jr. decía que era el tipo más valiente que había visto en su vida: Pitsenbarger rechazó varias veces ser evacuado y salvó la vida de nueve hombres mientras 106 de los 134 soldados de su unidad caían inertes o he-

ridos de gravedad. La batalla de Xa Cam My fue una auténtica carnicería. La Operación Abilene que urdió el General DePuy sin tener en cuenta las condiciones del terreno se cobró la vida de muchos. Cuando Charlie Epperson rememora ese día y mira viejas fotografías no puede contener las lágrimas y enmudece (Carland 306-309).



Figura 1. Jóvenes soldados de patrulla.

Fuente: charliecompany.org, página dedicada a los hombres que sirvieron en Vietnam de 1966 a 1972 en el Primer Batallón, 22 Regimiento, Cuarta División de Infantería.

En Vietnam no contaba para nada el terreno conquistado, en eso se diferenciaba de cualquier guerra anterior. Tomaban colinas y las abandonaban al día siguiente, conquistar posiciones no era importante en absoluto. En lugar de ello, su misión era provocar el mayor número posible de bajas enemigas. Aquella estrategia demencial consistía en matar cuantos más norvietnamitas mejor. Operaciones de búsqueda y destrucción, las denominaban. Diez enemigos muertos por cada norteamericano caído era un buen balance, más se consideraba un éxito clamoroso, una victoria rotunda. Pero los soldados de infantería pensaban que jugarse la vida para tomar una posición

bien defendida y marcharse de allí acto seguido no tenía el menor sentido. En cuanto a lo de matar vietcongs, estos parecían no tener fin: por cada uno que mataban aparecían diez más. Su moral no se resquebrajaba, estaban preparados para sufrir todo el castigo que pudieran infringirles; al final, matar vietnamitas era una cuestión de rutina. Los mandos les alentaban a hacerlo. A pesar de sus nobles intenciones, era inevitable que se convirtieran en matarifes. Alguna vez se pasarían de la raya. Aquello sucedió el 16 de marzo de 1968.

En las proximidades de Son My, una aldea en la provincia de Quang Ngai a siete millas al noroeste de la capital, había una zona marcada de color rojizo en los mapas militares para señalar el área densamente poblada de My Lai que llamaban Pinkville, un auténtico avispero donde se concentraba la actividad del Vietcong. La Compañía Charlie del 1er Batallón del 20º Regimiento de Infantería fue para allá en enero del 68 para dar caza al 48º Batallón del FNLV pero el enemigo había vuelto a las tácticas de guerrilla y evitaban un enfrentamiento directo con las fuerzas estadounidenses (Neale 122-123). El 15 de marzo el Capitán Ernst Medina, comandante de la Compañía Charlie, dijo a sus hombres en sesión informativa que la mañana siguiente se verían las caras con el elusivo 48º Batallón. Los servicios de inteligencia confirmaron que se habían refugiado en el área de My Lai camuflándose entre la población civil. Creyendo que los aldeanos habían huido a la ciudad de Quang Ngai, Medina ordenó a sus hombres que trataran a quien se cruzara por su camino como combatientes o simpatizantes del enemigo. También les ordenó que destruyeran las casas y los cultivos y sacrificaran el ganado. Iban a arrasarlo la aldea. Pero los informes de inteligencia eran erróneos, el VC se hallaba a más de cuarenta millas de distancia. No había soldados enemigos en My Lai.

A las 7:30 la artillería bombardeó el pueblo de Son My creando un área de aterrizaje para los helicópteros de la Compañía Charlie. A continuación, el Teniente William Calley dirigió al Primer Pelotón hacia Xom Lang, otra aldea adyacente a My Lai, y abrieron fuego indiscriminadamente contra todo lo que se moviera. Hombres, mujeres y niños, incluso ancianos indefensos fueron acribillados a tiros, o bien se les agrupó y los ejecutaron a quemarropa. En medio de la matanza varios soldados americanos atacaron a mujeres jóvenes y las violaron impunemente antes de volarles la cabeza. Entretanto, el Segundo Pelotón de la Compañía Charlie se desplazó hacia el norte matando a docenas más mientras el Tercer Pelotón incendió las chozas y disparó contra los escasos supervivientes que quedaban. El Teniente Calley reunió a ciento cincuenta vietnamitas, los llevó a una zanja de riego junto a un arrozal y mandó que los fusilaran (Belknap 66-68; Greiner 211; Jones 98-9). El sargento Ron Haeberle, fotógrafo del ejército que iba con la Compañía C, documentó las imágenes de la jornada que publicaría después la revista *Life*: cadáveres de mujeres, niños pequeños y bebés lactantes amontonados en el suelo de

la aldea; otros a punto de recibir un disparo mostrando una mueca de horror indescrip-
tible⁴. A las 11:00 habían muerto quinientos inocentes; la única baja estadounidense fue
un soldado que se pegó un tiro en el pie al desenfundar el arma.

Ese mismo año, el general Julian Ewell fue investigado por el ejército por pro-
vocar matanzas similares con espantosa frecuencia. Apodado el Carnicero del Delta,
admitió ante el general Westmoreland haber ordenado “un My Lai cada mes” con un
balance de 11.000 muertos pero menos de 750 armas incautadas al enemigo (Borch;
Turse, “Was My Lai just one of many massacres in Vietnam War?”). Ningún soldado
estadounidense percibía lo sucedido como algo extraordinario. Matar vietnamitas era
exactamente su trabajo, lo que se esperaba que hicieran. Las unidades de combate com-
petían entre ellas a ver cuál mataba más vietnamitas. Llevaban el recuento de víctimas
en lo que llamaban *kill boards* casi como una competición deportiva amistosa y el gana-
dor recibía días libres de permiso o una caja extra de cerveza. A sus comandantes los
premiaban con un ascenso. Se calcula que murieron dos millones de civiles survietnami-
tas en aquella guerra y más de cinco millones resultaron heridos o mutilados. Los solda-
dos norteamericanos dispararon una cantidad de munición veintiséis veces mayor que
en la Segunda Guerra Mundial. En My Lai lo dispusieron de tal modo que los soldados
incluso se tomaron una pausa para almorzar a media mañana, entre los fusilamientos y
las violaciones (Bilton y Sim 130). Los batallones tenían órdenes concretas: *kill anything
that moves* (matar todo lo que se mueva) sin hacer distinciones ni pararse a deliberar. La
frase *If it's dead and Vietnamese, it's VC* (si está muerto y es vietnamita, es VC) era un
lema recurrente durante la guerra; para evitar la culpa y eludir responsabilidades, las
víctimas civiles se contabilizaban como enemigos caídos, incluyendo mujeres y niños
que trataban de huir, que no comprendían los disparos de advertencia efectuados por el
ejército o que habían tenido la mala suerte de vivir en una aldea donde se escondía el
Vietcong. Los mataban a todos. Sin remordimientos.

1.2. Calendarios de cuenta atrás

Don Bonsper y Boyce McDivitt crecieron juntos en Portville, una pequeña localidad al
sudeste de Nueva York, y fueron a la misma escuela secundaria. Bonsper llegó a Vietnam
en junio de 1967 con el Cuerpo de Marines donde sirvió hasta finales de octubre, cuan-
do se convirtió en asesor de la Infantería de la Marina en Vietnam del Sur antes de
volver a casa en 1968. Su amigo McDivitt se quedó trabajando en la base naval de San
Diego, era dentista de la Marina y atendía a los cadetes arreglando sus dentaduras antes
de embarcarse a Vietnam. Una vez allí lo primero que notaban era el contraste climático:
“Hacía mucho calor, mucha humedad, muchos insectos, insectos por la noche, era difícil

dormir. Y cuando llegaba el monzón venían lluvias muy fuertes, inundaciones, lodo” (Booth).

Muy pronto, la incomodidad sería la menor de sus preocupaciones. Estar en una sauna todo el día era algo a lo que se podían acostumbrar; no así la incertidumbre, la presencia constante del enemigo al acecho. Phil Caputo explicó en una entrevista con H.W. Brands cómo su compañía se sentía “atormentada por una presencia intangible pero real, la sensación de estar rodeados por algo que no podíamos ver” (Brands 144). Los vietcongs usaban la selva como una pantalla donde ocultarse, estaban en su elemento y claramente dominaban el terreno (Herzog 23). Usaban la técnica de guerrilla, golpeaban sin avisar y se retiraban, aparecían y desaparecían sin ser vistos en medio de los arrozales y la densa vegetación; de este modo infundían el miedo a sufrir un ataque sorpresa en cualquier momento. Los soldados americanos padecían una angustia continua que no tardaba en hacer mella y minar su estado de ánimo.

Al patrullar una zona, las unidades podían caminar durante días sin que pasara nada y al día siguiente caer en una emboscada, perder dos o tres hombres y ver al enemigo esfumarse sin dejar rastro. Don Bonsper afirmaba: “Es una verdadera frustración para las tropas sentir que eres constantemente un objetivo”. Se instala en ellos la paranoia, un estado de alerta perpetua que no les permitía relajarse por completo: “Cada vez que me daba la vuelta estaban tratando de dispararme” (Rivera). La falta de coordinación entre las distintas unidades convertía el campo de batalla en un lugar caótico; a menudo tenían la impresión de estar luchando para nada, sin un objetivo claro. Abandonados y desorientados en medio de la jungla, su único contacto con el mundo exterior eran algunos ejemplares de la revista *Stars and Stripes* que pasaban de mano en mano y no estaban al tanto de la crispación que se vivía en casa. Ni siquiera sabían si estaban ganando o perdiendo la guerra (Spector).

Joe Bongiovanni vivía en Niagara Falls, Nueva York, y pasó la infancia admirando a los heroicos marines que lucharon en la Segunda Guerra Mundial. Cada noche se quedaba despierto hasta bien entrada la madrugada para ver el corte de emisión de la televisión local con imágenes de la bandera mientras sonaba el himno nacional recordando el alzamiento en Iwo Jima. Se unió a la Infantería de la Marina el 9 de febrero de 1967 y sirvió en el Primer Pelotón de la Compañía Bravo, Primer Batallón de la Tercera División de Marines. Cuando otras unidades se hallaban en peligro y pedían refuerzos, iban rápidamente en helicóptero o en lanchas de desembarco para prestar apoyo táctico. Su base de operaciones estaba en la provincia de Quang Tri y se movían muy cerca de la frontera con Vietnam del Norte, desde donde les lanzaban continuamente fuego de mortero y cohetes. Les llamaban *grunts* (gruñidos) porque eran los tipos duros que machacaban al VC (Isserman y Bowman, *The Grunts*). Las condiciones: un calor sofocante durante el día, de noche la temperatu-

ra bajaba ostensiblemente y hacía tiritar de frío, virus y otras enfermedades infecciosas, picaduras de insecto, la podredumbre de la selva infectaba los pies, en la temporada del monzón llovía todo el rato. “Pero tu cuerpo se acostumbra”, comentaba Bongiovanni, que recibió la Cinta de Acción de Combate tras haber participado en la Batalla de Dai Do (Vaughn).

La guerra les afectaba de otra manera. El miedo a morir mezclado con la rutina de matar, la mezcla de insensibilidad y estrés. Cada soldado de infantería entraba en combate un promedio de 240 días al año; en la Segunda Guerra Mundial sólo entraban en acción 40 días a lo largo de cuatro años. La experiencia de Vietnam era mucho más extrema, no tenía nada que ver con lo que habían conocido sus padres y los otros combatientes de la generación anterior: veinticuatro veces más intensa si observamos los datos. Por si eso fuera poco, el resto de los días no suponían un descanso, no significaban reposo en absoluto. En la Segunda Guerra Mundial podías relajarte si no había enemigos a la vista; en Vietnam podían estar a tu espalda ocultos tras un matorral, escondidos en un búnker subterráneo, al acecho y a punto de abrir fuego a cualquier hora del día. Uno de cada diez soldados estadounidenses fue una baja: murieron un total de 58.148 norteamericanos y 304.000 resultaron heridos de los 2,7 millones que fueron allí a combatir. El porcentaje de muertos es similar al de otras guerras, pero las amputaciones y heridas paralizantes fueron un 300 por ciento más altas que en la Segunda Guerra Mundial: 75.000 volvieron a casa gravemente discapacitados (Hack). Iban al sudeste asiático en la plenitud de sus vidas y volvían convertidos en un despojo, cuando no en una caja. Cada minuto que permanecían en la jungla les trastornaba un poco más.

En un reportaje para *NCO Journal*, un veterano de las Fuerzas Especiales relata su experiencia. Rehusó dar su verdadero nombre. “La primera persona que maté fue una adolescente. Una mujer. Ella trató de matarme primero, pero eso no lo hizo más fácil. Vomité inmediatamente después. Tras aquella primera vez, se hizo más fácil. Y no me gustaba que se hiciera más fácil... Ningún entrenamiento puede prepararte para quitar una vida. Eso te cambia” (Masuka). En las Fuerzas Especiales les entrenaban para matar de forma efectiva y silenciosa. Usaban palabras asépticas como eliminar, táctica y procedimiento. Los cuchillos eran simplemente herramientas adecuadas. A comienzos de 1964 le llevaron a Quang Tri junto a la frontera con Vietnam del Norte para recabar información del enemigo que solía moverse por la Ruta Ho Chi Minh y fustigar a los aldeanos en Dak To, treinta millas al norte en la provincia de Kon Tum. Para cada misión enviaban de seis a quince hombres que se lanzarían en paracaídas o irían en helicóptero lo más cerca posible del objetivo, reunirían información y regresarían sin ser detectados: “Éramos fantasmas. Nos quedábamos solos. No existíamos” (Masuka).



Figura 2. Marines de la Compañía H, 2º Batallón, 41 Regimiento de Infantería durante la operación Hastings en Dong Ha, julio de 1966.

Fuente: Wikimedia Commons.

Había recibido su instrucción militar en Fort Polk, Louisiana, caminando a través de los pantanos cenagosos con sus compañeros boinas verdes. “Un amigo mío y yo hicimos juntos nuestro entrenamiento. Fue malherido, tenía las tripas fuera pero aún respiraba. Me rogó: ‘No dejes que me lleven. Tienes que hacer algo’. Y lo hice. No podía dejarlo allí con vida”. Lo mató para ahorrarle un sufrimiento mayor a manos del Vietcong. A pesar de su aparente frialdad, debía lidiar con sus temores: “No quería salir de allí en una bolsa para cadáveres. El miedo siempre estuvo presente desde el momento en que llegué allí, pero era algo bueno. Me mantenía en alerta. No estaba listo para morir. El miedo fue un motivador” (Masuka).

William Barner III fue reclutado en 1966 cuando el conflicto aún estaba en sus primeros compases y el gobierno estadounidense decidió aumentar el número de efectivos desplazados a Vietnam. Fue asignado a una batería de obuses y desplegado al año siguiente. Barner sirvió en la pista de mando de su unidad, recibía por radio las solicitudes para dar apoyo a los batallones de infantería y lanzar fuego de artillería contra el enemigo. Calculaban la elevación, el clima y la distancia y ordenaba disparar a los trece cañones de su equipo. A menudo, Barner debía calcular seis misiones a la vez y apuntar sus obuses en diferentes direcciones simultáneamente; trece millas a su alrededor había problemas en todas partes y a menudo permanecían en su puesto hasta veinte horas seguidas.

Aunque operaban a distancia no estaban exentos de peligro. El 13 de junio de 1968 Barner y sus hombres fueron atacados con cohetes, granadas y morteros. El VC trataba de hallar su ubicación y disparaban rondas llevando un registro, bien atentos por si estos revelaban su posición. Seis hombres en el control de tiro y un conductor fueron evacuados aquella vez. Dos días después, Barner estaba tomando un descanso a las dos de la mañana, dio un paseo y vio venir las rondas entrantes de fuego enemigo que iban directamente hacia ellos. Una impactó justo donde estaba su capitán y le voló parte del trasero. Barner regresó corriendo a la pista de mando. Del equipo de seis hombres, solo había tres a su disposición. Con el capitán fuera de juego, no había nadie para decirle lo que debía hacer. Barner calculó el origen de los disparos y detectó la fuente en un pueblo cercano. El enemigo estaba escondido en una pequeña aldea. Barner ordenó abrir fuego y la eliminó del mapa. A la mañana siguiente, unas pocas horas más tarde, llegaron algunos soldados de infantería, se pararon a descansar y le dieron las gracias. “Sabemos lo que hiciste. Nos salvaste la vida” (Duchas; Shorak et al.). William Barner fue ingresado en el hospital de Waco para veteranos de guerra por trastorno de estrés postraumático. Nadie volvía indemne de Vietnam.

El salario del ejército era de setenta dólares a la semana. Desde luego no se alistaban por el sueldo, la única recompensa posible era sentirse útiles, saber que servían a su país; los que fueron reclutados a la fuerza ni siquiera sentían eso. En la base militar las condiciones de vida no eran muy diferentes a cualquier otro cuartel del ejército: comida caliente, cerveza y un catre para dormir. Quienes prestaban servicio en la Armada y las Fuerzas Aéreas podían ducharse habitualmente sin problema; para los cuerpos de infantería el agua era un bien escaso. Era pesado de transportar así que se priorizaba para beber. El baño y afeitado se posponían hasta que llegara el próximo suministro. Además corrían el riesgo de infectarse si se hacían un corte al afeitarse con navaja. Para quienes estaban fuera en una misión las comodidades eran mucho más limitadas: las cartas que recibían cuando los helicópteros reabastecían a las unidades desplegadas en medio de la jungla les daban un cálido recuerdo del hogar, de sus madres, de sus novias. Al final, los helicópteros eran bienvenidos en todo momento. El Bell UH-1 Iroquois o Huey se diseñó para transportar heridos pero se modificó para usarse como arma y mover alimentos, correo, munición, agua y cualquier cosa que necesitaran los soldados en el terreno. El sonido característico de las palas de rotor whup-whip-whip normalmente significaba buenas noticias, suministros, ayuda o un billete para salir del infierno. Muchos veteranos se estremecen al recordar ese sonido que asocian irremediablemente a la guerra y sufren ataques de ansiedad cuando lo oyen.

A falta de un barracón donde guarecerse, cavaban trincheras y colocaban los forros de los ponchos entre los árboles tratando inútilmente de mantenerse secos, o bien colgaban sus hamacas y se balanceaban en vilo. A veces los monos les arrojaban

piedras y frutas mientras se detenían a descansar en la selva. Encendían una pizca de explosivo C-4 para calentar sus raciones C de comida enlatada. Cada ración C contenía una porción de carne, fruta, pan y postre. La unidad B era un pequeño lujo: galletas saladas, cacao y bebida en polvo. Un paquete accesorio incluía cigarrillos, fósforos, chicle, papel higiénico, café, crema, azúcar, sal y una cuchara. Tres comidas diarias de ración C proporcionaban 3600 calorías y se consideraban un sustento adecuado para las tropas desplegadas en combate. Más de una vez contraían disentería después de beber una bolsa de agua contaminada del ejército; entonces sufrían retortijones, vómitos y diarrea durante una semana.



Figura 3. Seis voluntarias del programa Donut Dollies posando junto a un helicóptero Little Bird.

Fuente: Charliecompany.org.

La Cruz Roja organizó la iniciativa Donut Dollies para proporcionar consuelo a los soldados y distraerlos, de manera análoga a la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea. Seleccionaban chicas con un diploma universitario y las llevaban a Vietnam para prestar servicio en centros recreativos de todo el país. Viajaban en helicóptero, jeeps y camiones hasta el campo de batalla para ofrecer refrescos, ponche casero y regalos de Navidad a las tropas (Stur). En los puestos avanzados, bases temporales que brindaban apoyo a las unidades de infantería, los soldados olvidaban las preocupaciones por un

momento y recibían a las Donut Dollies con los brazos abiertos. Camilla Meyerson recuerda: “Salíamos en helicóptero para aterrizar por sorpresa en todos estos lugares y simplemente les servíamos Kool-Aid, charlábamos con ellos y jugábamos a cualquier tontería para pasar el rato” (Hornung 105-6; Kotcher 259). Seiscientas treinta mujeres participaron en el programa entre 1965 y 1972. Tres fueron asesinadas.

No eran el único entretenimiento. La Organización de Servicios Unidos (USO) llevaba desde 1941 montando espectáculos en el frente. Debutaron en Riverside, California, continuaron durante la Segunda Guerra Mundial y siguieron haciéndolo hasta la Guerra del Golfo en época reciente. Bob Hope hacía de maestro de ceremonias y se volcó en las giras navideñas que patrocinaba el Departamento de Defensa entre 1964 y 1972 (Johnson; Onion et al.; Stabile). Invitó a muchos artistas y otras personalidades de renombre como Raquel Welch, Ann-Margret, Jill St. John, Neil Armstrong, Johnny Bench, Red Foxx o Sammy Davis Jr. pero eran más conocidos por las bellas bailarinas que les acompañaban y sus monólogos cómicos: “Mientras volábamos hacia aquí nos saludaron con veintiún cañonazos, tres de ellos eran nuestros” o “Le pregunté al secretario McNamara si podíamos venir y me dijo: ¡Por qué no, ya hemos intentado todo lo demás!” y bromas así. Cuando actuó en Bien Hoa en 1964, el escenario estaba a menos de un cuarto de milla de las pistas que bombardeó el Vietcong un mes antes⁵. Regresando al Caravelle Hotel en Saigón un coche bomba explotó frente al Brinks Hotel y se salvó por los pelos. Al día siguiente, en la base aérea de Tan Son Nhut empezó con uno de sus chistes: “Quiero agradecer al general Westmoreland por la maravillosa bienvenida de ayer. ¡Abrimos el número con una explosión!” Sus espectáculos se emitían en enero en el canal NBC dentro de *The Bob Hope Christmas Special*, patrocinado por Chrysler y sin cortes publicitarios (Zoglin 377).

El día de Navidad de 1970 cada uno de los cuatro escuadrones de transporte 483º de las Fuerzas Aéreas pintó el morro de sus aviones para que parecieran una cara de Papá Noel, como el C-7A Caribou en el aeródromo de Djamap rebautizado “Santa Bou”. Cuando les faltaba poco tiempo para terminar el servicio y volver a casa, confeccionaban un *countdown calendar* (calendario de cuenta atrás) en el que descontaban los días hasta llegar lo que llamaban el *wake-up* (despertar) o la última mañana en Vietnam. Usaban fundas para cascos y otros objetos para obtener papel en el que decorar manualmente su propio calendario. Se decía que el soldado era *short* cuando le quedaban menos de cien días de servicio activo. Cuando llegaban a Vietnam no creían que pudieran aguantar un año con vida, así que flotaban en una nube deseando reunirse con sus familias, se volvían cautos en extremo, evitaban riesgos innecesarios tratando de sobrevivir esos cien días sin incidentes graves y seguir de una pieza. Aquellos calendarios, también llamados *Short-Time Calendars*, eran verdaderas obras de

arte naïf donde plasmaban su optimismo con estilo infantil. Algunas veces sus novias, sus hermanos pequeños o sus hijos hacían sus calendarios con dibujos simpáticos que les enviaban por carta. Snoopy o Beetle Bailey eran motivos recurrentes, así como las típicas *pin-up girls* picantes que les consolaban en el barracón. Iban tachando los días hasta largarse de allí de una vez.

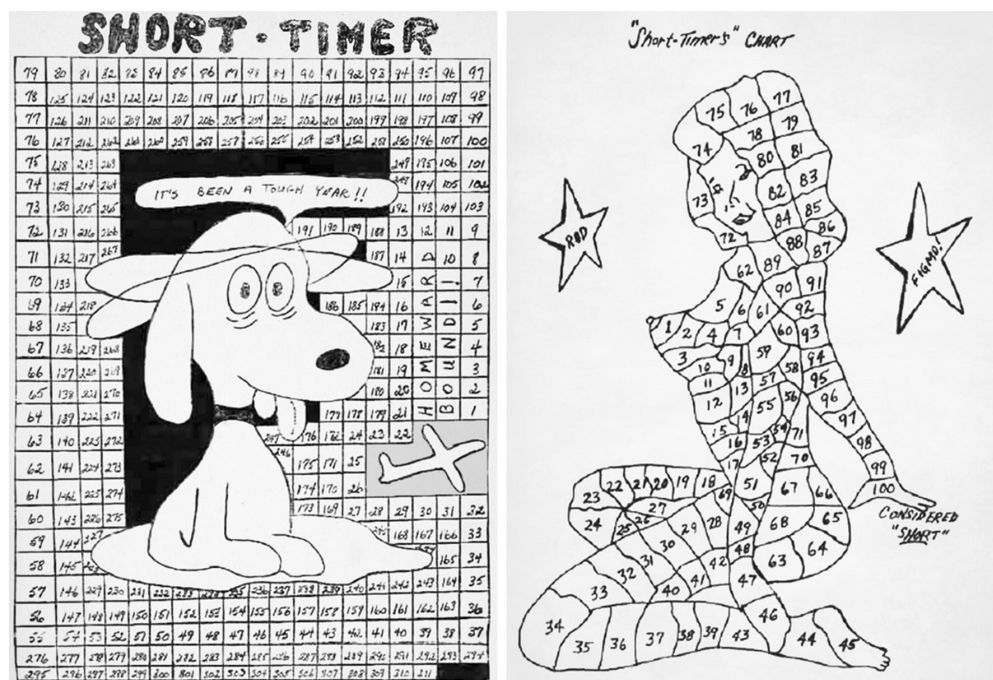


Figura 4. Countdown calendar elaborado por el soldado James Kornik, miembro del SPS (Staff and Personnel Support) emplazado en Cam Ranh Bay en el periodo 1969-1970. Snoopy dice: *It's Been A Tough Year!* (¡Ha sido un año difícil!). A la derecha, típico calendario erótico con una Pin-up girl, habitual de los barracones.

Fuente: James C. Kornik, Tom Helwick y EC-46 History Site, John Podlaski.

1.3. Zap, zap, zap, y te golpean

De los dos millones y medio de estadounidenses que sirvieron en Vietnam, excepto algunos oficiales de carrera la mayoría eran adolescentes de familias humildes que se alistaron voluntarios o fueron reclutados al acabar el instituto. Afroamericanos en barrios deprimidos, hijos de inmigrantes en áreas industriales, jóvenes sin expectativas de la América rural o “basura blanca” (Appy, “Working-Class War” 14). “Solo las personas que eran pobres iban a la guerra”, según Willie McTear (Erickson).

Ingenuamente, creyeron que los survietnamitas les recibirían como salvadores pero en lugar de ello los trataron con recelo, cuando no con hostilidad manifiesta. Muchos civiles incluyendo mujeres y niños ayudaban al Vietcong alojándolos en sus chozas, escondiendo armas y munición o guardando el secreto de sus ubicaciones y negándose a colaborar con el ejército cuando les interrogaban. Los soldados ya no sabían en quién confiar sospechando que los vietcongs les vigilaban en todo momento, contaban con la complicidad de los habitantes y tendían trampas mortales en los sitios más insospechados.

Imaginemos la rabia de un soldado en peligro constante de vida o muerte, al que han reclutado a la fuerza para conducirlo al sudeste asiático y luchar por una causa que no comprende o con la que no se identifica, para salvar a gente que no se lo agradece ni desea su presencia, contra un enemigo al que no ven pero puede acabar con ellos igualmente. El Servicio Selectivo había recopilado los nombres de todos los varones estadounidenses de entre dieciocho y veintiséis años de edad, cada sorteo era una lotería a la inversa: en vez de un golpe de suerte, recibían una invitación para ir a la guerra. Les notificaban por carta que habían sido seleccionados, debían presentarse en la junta local de reclutamiento para su evaluación médica y una vez allí o bien los calificaban para un aplazamiento, un retraso oficial del servicio militar, o entrarían en las fuerzas armadas de inmediato. Había que estar tullido para ser rechazado en el informe médico; cualquier chaval que se mantuviera recto sobre sus dos piernas era considerado apto para el servicio. La mejor baza era estar matriculado en la universidad, así conseguían prórrogas y retrasaban lo inevitable. Veintisiete millones de hombres cumplieron la edad de reclutamiento mientras duró la guerra de Vietnam. Muchos tenían una buena excusa para no ir: trabajaban en una industria clave para el esfuerzo bélico, eran necesarios en el hogar para mantener económicamente a sus familias o se habían unido a la Guardia Nacional. Un sesenta por ciento, dieciséis millones, evitaron alistarse de manera legal. Otros escapaban huyendo del ejército y se marcharon a Canadá.

Dentro del diez por ciento de la generación en edad de combatir que luchó en Vietnam, un tercio se unieron al ejército sintiendo la llamada del deber; eran soldados de carrera o se habían formado en academias militares. Otro tercio fueron a regañadientes y el último tercio simplemente se alistó en el tramo final de la guerra porque se hartaron de esperar a que su nombre saliera en el sorteo. Juntándolos a todos obtenemos el patrón típico del soldado norteamericano promedio, un chico de apenas diecinueve años de clase trabajadora sin estudios universitarios: un veinticinco por ciento eran pobres, un cincuenta y cinco por ciento de clase obrera y un veinte por ciento de clase media. Costaba encontrar un combatiente de clase adinerada, éstos se perdían por los pasillos de la universidad y jamás tuvieron que coger un M-16. Los más entusiastas eran los que heredaron un fuerte patriotismo de sus progenitores, si

sus padres habían combatido en la guerra y los educaron dentro de una tradición de servicio militar: “Mi padre había servido, todos en nuestra comunidad habían servido. Mis dos hermanos sirvieron en Vietnam”, dijo Dave Christian. “Provengo de una comunidad siderúrgica y solo en mi condado nos enrolamos 29.000 chicos” (Herzog, “The Ideal Soldier” 19; Maclear).

Aquellos muchachos que no llegaban a la veintena recibían un poder incommensurable: el poder de matar y el poder de salvar vidas. En casa ni siquiera podían participar en las elecciones, la edad requerida para votar en Estados Unidos era de veintiún años en esa época. Su opinión no era tenida en cuenta dentro del país, pero les hacían responsables de proteger los valores democráticos de la nación en el otro extremo del mundo. Pasaron de leer cuadernos de historietas a leer manuales de instrucción técnica para el mantenimiento de vehículos y subfusiles.



Figura 5. Soldados del Segundo Batallón, Tercer Regimiento de Marines, junto a un camión del FLNV destruido al sur de Khe Sanh durante la Operación Maine Crag. Fotografía del sargento Ray Bribiesca perteneciente a la colección Jonathan F. Abel, 18 de marzo de 1969.

Fuente: Wikimedia Commons.

Abandonaron los campos de maíz y sus granjas en Iowa y Ohio para inspeccionar los arrozales en Vietnam meridional. Los ríos serpenteaban a lo largo de fértiles valles abiertos y aplanados, extremadamente húmedos, donde los campesinos cultivaban arroz, elemento indispensable de su limitada dieta. Alrededor de los arrozales, colinas empinadas y mon-

tañas escarpadas cubiertas por una vegetación exuberante y densa en forma de selva tropical con árboles inmensos y plantas descomunales que se fundían unas con otras en un tapiz sofocante y verde. Abrirse camino a través del follaje era un trabajo arduo, avanzar dos millas podía llevar un día entero. Un tipo de planta, la hierba elefante, tenía hojas afiladas que cortaban la piel al pasar a su lado. Los enjambres de mosquitos les acompañaban persistentemente. Cada vez que cruzaban un arrozal debían sumergirse en el agua hasta la cintura llenándose de lodo y luego tenían que arrancarse las sanguijuelas chupasangre que se les habían adherido a las piernas por debajo del uniforme. La humedad se colaba en las botas y empapaba sus gruesos calcetines provocándoles llagas espantosas en los pies. Cargaban un peso de ochenta libras, más de treinta y seis kilos, llevando el equipo que consistía en rifles, morteros, cientos de cartuchos de munición, sus gruesos chalecos antibalas, tres o cuatro cantimploras con agua y latas de ración C para comer. Los *grunts* llamaban a esas patrullas *humping the boonies* (menear los culos, también joderse los culos) por el esfuerzo físico extremo capaz de agotar al hombre más resistente.

A pesar de todo lo soportaban con estoicismo. Nada de eso les mataba. Lo que hacía sus vidas insoportables era el enemigo en la sombra. Se trataba de una situación de ansiedad y tensión continua. Las unidades de combate nunca sabían cuándo aparecerían los vietcongs hasta que era demasiado tarde. Era una verdadera prueba de resistencia, pasaban largos periodos sin cruzarse con el VC y entonces se topaban de bruces y las pasaban verdaderamente canutas (Westheider, "Fighting in Vietnam" 112-113). En 1968 las patrullas americanas solo se encontraban con el enemigo en una de cada cien misiones. Cuando esto sucedía no se libraban grandes batallas que les permitieran sacar ventaja sino pequeñas escaramuzas al caer en una emboscada. "Sales a patrullar tal vez veinte veces o más y nada, simplemente nada. Entonces, zap, zap, zap, te golpean, y Victor Charlie (el Viet Cong) se desvanece en la jungla antes de que puedas acabar con él"⁶.

Las guerrillas norvietnamitas solían lanzar ataques sorpresa por la noche o cuando hacía mal tiempo para cogerlos desprevenidos, con la guardia baja, justo cuando menos se lo esperaban. También se escondían en aldeas en apariencia inofensivas y abrían fuego cuando un pelotón patrullaba por allí. Casi siempre llevaban la iniciativa y eran los primeros en golpear causando grandes estragos en las tropas estadounidenses. Al final no paraban de preguntarse cuándo sería el próximo ataque, de modo que se pasaban el tiempo en estado de crispación y se sentían observados aun estando solos. Y luego estaban las bombas trampa. Las fuerzas enemigas enterraron minas terrestres y multitud de trampas explosivas por todo Vietnam del Sur. Estos artefactos intrincados estaban muy bien camuflados y generalmente eran indetectables hasta que se detonaban y algún soldado volaba por los aires. Durante las patrullas tenían que estar bien atentos a los finos cables que accionaban las granadas de mano escondidas en el follaje y fijarse atentamente en el suelo por si veían señales que indicaran una

mina terrestre, una zanja o un foso peligroso. Un veinticinco por ciento de las bajas fueron causadas por aquellas trampas. Muchos hombres volvieron a casa mutilados por su culpa, con horribles amputaciones.

En el transcurso de sus misiones de búsqueda y destrucción, las patrullas entraban en las aldeas de Vietnam del Sur y registraban las chozas en busca de arsenales ocultos, almacenes de alimentos, jóvenes en edad de combatir y otros indicios de actividad del VC pero raramente hallaban pruebas que demostraran la colaboración de los aldeanos con la guerrilla. Sin embargo jamás terminaban de creer su inocencia: los campesinos nunca se tropezaban con una mina terrestre, parecían conocer su ubicación y evitarlas eficazmente. El Vietcong ataba una brizna de hierba haciendo un nudo con el extremo del lazo apuntando a un explosivo oculto en el suelo: así avisaban a los aldeanos para que no lo pisaran, pues los guerrilleros dependían de ellos para obtener suministros con regularidad y les interesaba mantenerlos con vida. Los americanos maldecían a los campesinos por colaborar con el Vietcong: “Cuando los soldados no podían distinguir a un amigo de un enemigo, llegaron a odiarlos y despreciarlos a todos”, decía Cecil B. Curry, “Ver a los vietnamitas como menos que humanos hacía que los chicos se desprendieran de su propia humanidad” (Hillstrom 66).

Por increíble que parezca, los muchachos se acostumbraban a cualquier cosa. A todo lo que les echaran encima. Los que no se dejaban vencer por el nerviosismo y mantenían a raya la paranoia, podían llegar a aburrirse. En general, los combatientes describen su experiencia en el frente como largos periodos de aburrimiento interrumpidos por sobresaltos de horror puro. Monotonía intercalada con fogonazos de auténtico terror. Patrullar por la selva era tedioso, de pronto el mundo se ponía del revés y estaban en la boca del lobo. Cuando regresaran a casa olvidarían las interminables horas de aburrimiento y solo les atormentarían esos instantes de pesadilla en un bucle sin fin.

En el transcurso de la guerra los soldados iban perdiendo la moral y bajaba su rendimiento. Al principio, muchos militares estadounidenses respaldaron al gobierno cuando decidió intervenir en Vietnam para frenar la expansión del comunismo en el sudeste asiático; Estados Unidos pasó toda la década anterior obsesionada por el auge del comunismo y lo consideraban su enemigo natural, la antítesis de Norteamérica y lo que representaba en el mundo: libertad y democracia. Por ese motivo, los primeros soldados que iban a la guerra lo hacían henchidos de furor patriótico. Además, creyeron que los vietnamitas no podían medirse con el poderío estadounidense y la guerra sería pan comido, coser y cantar. Pero al avanzar la década de los 60 su estado de ánimo se vino abajo progresivamente; no esperaban una oposición tan feroz, verdaderamente les hacían picadillo y dejaron de tener tan claro por qué se jugaban el pellejo.

Conforme aumentaba el número de bajas y el desenlace parecía no tan claro y mucho más lejano de lo previsto, las tropas empezaron a dudar y caer en el pesimismo. Más que pesimismo, era pura resignación. Casi desinterés, por la política y los objetivos militares. Su máxima prioridad era mantenerse con vida y volver a casa de una pieza. El programa de rotación de servicio contribuyó en buena medida a la desmotivación de las tropas: en la Segunda Guerra Mundial los soldados permanecían en el frente hasta que finalizara el conflicto, pero en Vietnam los hombres eran rotados dentro y fuera del país por periodo de un año. El calendario se convertía en su única fijación: desde el momento en que ponían un pie en Vietnam, contaban los días hasta completar su servicio y largarse de allí. Su meta era sobrevivir 365 días, ni uno más. Obviamente cualquier otro argumento pasó a segundo término, el patriotismo fue quedando más y más relegado hasta ser sustituido por el desencanto y el cinismo. A menudo procuraban escaquearse de las misiones peligrosas y evitaban entrar en combate siempre que fuera posible. Al final hasta dejó de importarles hacer amistad con sus compañeros de armas: los recién llegados tardaban en integrarse porque nadie quería patrullar a su lado, su inexperiencia los ponía en peligro; los que se irían pronto, los *shorts*, solo se preocupaban de sí mismos y no convenía pegarse a ellos. Como cualquiera podía morir de un día para el otro, no tenía sentido confraternizar en el frente. Así era mejor porque no lamentarías la pérdida de un amigo.

La opinión pública también influyó en el estado de ánimo de los soldados, sobre todo al final de la guerra. Muchos jóvenes que fueron a Vietnam los últimos años habían sido manifestantes antes de que los llamaran a combatir. Habían apurado sus prórrogas estudiando en la universidad y tenían una opinión bien formada al respecto que nada tenía que ver con el idealismo sin mácula de los primeros soldados voluntarios. De hecho, llegaban a cuestionar las órdenes de sus superiores y criticar abiertamente las tácticas del alto mando. Tuvieron una década para ver el estado en que volvían a casa los veteranos, convertidos en despojo humano, traumatizados, y estaban más resentidos con la situación que los soldados de años atrás. Muchos encontrarán el valor incluso de desertar antes de completar el servicio activo: en 1971, 177 de cada 1.000 soldados estadounidenses fueron catalogados como “ausentes sin permiso”, algunos de ellos tres o cuatro veces. Los desertores se duplicaron, pasando de 47.000 en 1967 a 89.000 en 1971 (Zinn 496).

Una combinación de sentimientos negativos –nerviosismo, tedio, resentimiento– se acumulaba como en una olla a presión hasta que los soldados estallaban en un brote de ira contra sus superiores. Los más inconformistas no podían soportar a los oficiales empeñados en ganar medallas y ascender en el escalafón despreocupándose del bienestar de sus unidades, desde la tranquilidad de su puesto de mando lejos de la

acción. Algunos oficiales se ganaron el rencor de las tropas que no veían el momento de ajustar cuentas y hacerlos desaparecer. Esto se volvió tan habitual que se usaba una palabra para definirlo: el *fragging* consistía en usar un arma de fragmentación como una granada de mano o cualquier artefacto explosivo para asesinar a un oficial. El término también se refería a otros métodos como sabotear un helicóptero en el que viajaría un oficial para provocar un accidente de vuelo, o dispararle aprovechando el caos durante una refriega con los vietnamitas (Henderson 279; Moser 48). Sucedieron setecientos treinta incidentes similares en el periodo comprendido entre 1969 y 1971 que causaron la muerte deliberada de ochenta y tres oficiales, aunque se cree que muchísimos más episodios de *fragging* nunca se notificaron y pasaron inadvertidos, sin que hubiera repercusiones posteriores. En Vietnam no podías dar nada por hecho. Zap, zap, zap, y te golpean.

1.4. El atolladero político

¿Qué le importaba a Estados Unidos lo que pasara en aquel lejano país? ¿Por qué se metieron en una guerra? Un cúmulo de malas decisiones políticas hizo de Vietnam el caballo de batalla del ejecutivo norteamericano, una úlcera lacerante para todo el que ocupara el despacho oval que dividió a la nación durante demasiado tiempo.

El escenario internacional posterior a 1945 era un hervidero, las dos potencias luchaban por la hegemonía en el mundo aferrándose al imperialismo en un panorama cambiante donde ya no había compartimentos estancos y no tenía sentido el control territorial sino la influencia ideológica. Se formuló la “teoría del dominó” para describir la propagación del comunismo como un efecto contagio que a la larga podría socavar la preponderancia de Occidente; para evitarlo, emprendieron una serie de guerras coloniales contra personas que defendían la propia dignidad, pueblos que reivindicaban la independencia y exigían reformas sociales en Latinoamérica, África, Oriente Medio y Asia entera. El fiasco en Argelia causó el colapso de la Cuarta República francesa, la derrota en Angola desencadenó la Revolución de los Claveles en Portugal. Vietnam estaba en otra categoría.

Una guerra contenida que tenía lugar tan lejos y no parecía relevante, se dilató de tal manera que logró dividir a la mayor superpotencia. Sin el menor atisbo de duda, habían subestimado a su oponente: los vietnamitas eran un pueblo antiguo con una larga historia defendiendo su hogar de los invasores extranjeros. Fueron colonizados por los franceses y posteriormente ocupados por los japoneses: durante la Segunda Guerra Mundial había surgido un movimiento de liberación nacional liderado por Ho Chi Minh y el Partido Comunista de Vietnam, el Viet Minh. Una vez vencido el

emperador Hirohito, Francia quiso recobrar el control pero el Viet Minh se había fortalecido y los vietnamitas estaban decididos a impedir que les pisotearan. Derrotaron a los franceses en la Batalla de Dien Bien Phu y desde 1954 la situación era claramente distinta: una región del tercer mundo que se resistía con uñas y dientes a las injerencias. El país se dividió, los nacionalistas comunistas se apropiaron del norte y en el sur se instaló un régimen dictatorial tutelado por Occidente con la promesa de convocar elecciones democráticas, algo que no llegó a suceder jamás. Entretanto, Estados Unidos se implicó en Vietnam del Sur enviando asesores de la CIA y el ejército, armamento y ayuda económica para mantener a la dictadura en el poder y aplacar el movimiento de insurgencia que se iba extendiendo en el área rural (Short, "South Vietnam as an American dependency" 211-216). Al cabo del tiempo el gobierno de Saigón se hizo dependiente y requería cada vez más esfuerzos y atención de los Estados Unidos, mientras los campesinos apoyaban a Ho Chi Minh. Medio millón de soldados americanos no fueron suficientes para resolver esa tensión y peor aún, la empeoraron con sus bombardeos. Se formó el Viet Cong, brazo armado del campesinado dispuesto a sacrificarse para defender sus tierras. Junto a los batallones del ejército de Vietnam del Norte, sumaban un rival formidable.

Estados Unidos, desde su prepotencia, jamás imaginó que unos campesinos enclenques serían tan tozudos y encontrarían el modo de contrarrestar su poderío militar. Terminó siendo la segunda guerra más larga en la historia de Norteamérica. Desde que comenzaron a rondar por allí a mediados de los 50 hasta su desenlace veinte años después, se extendió a Laos y Camboya formando un gran lío irresoluble que no podía ofrecer un final satisfactorio para los actores políticos. Al principio apoyaron a los franceses para evitar la expansión del comunismo en el sudeste asiático mientras ellos se ocupaban de librar la guerra de Corea. Gastaron 2,6 mil millones en ayuda militar pero sería en balde, Ho Chi Minh los echó de allí a patadas. En la Conferencia de Ginebra de 1954 se dividió Vietnam estableciendo una frontera en el paralelo 17 que separaba la República Democrática de Vietnam en el norte fundada por Ho Chi Minh y la República de Vietnam en el sur a manos del emperador Bao Dai gestionada por su primer ministro Ngo Dinh Diem, con el apoyo de Dwight D. Eisenhower y su sucesor John F. Kennedy (Rotter).

El corrupto y totalitario Diem se negó a celebrar las elecciones de 1956 tal y como había prometido en Ginebra por miedo a perder ante Ho Chi Minh, cuyas estimaciones de voto le daban un ochenta por ciento del electorado. Los survietnamitas vieron frustrado su anhelo de unificar el país bajo el liderazgo único de Ho Chi Minh y Estados Unidos respaldó incondicionalmente a Bao Dai porque tampoco querían la victoria del Partido Comunista, aunque supusiera silenciar al pueblo y quebrantar los acuerdos alcanzados en Ginebra. Ese fue su pecado.



Figura 6. John F. Kennedy ofreció una rueda de prensa en el auditorio del Departamento de Estado que solía emplear como sala de conferencias para explicar la situación en Laos y la penetración del comunismo, que fue televisada para toda la nación. Fotografía de Abbie Rowe, 22 de marzo de 1961.

Fuente: Wikimedia Commons.

Diem ordenó una campaña militar agresiva contra los batallones del Viet Minh que había en el sur. En Hanoi, el Partido Comunista aumentó la presión contra el régimen de Diem esperando que colapsara y descuidó la acción militar, de modo que durante 1957 y 1958 las operaciones se saldaron con infinidad de comunistas capturados o ejecutados por el gobierno. En enero del 59 adoptaron una decisión firme durante un pleno convocado por la cúpula del Comité Central: autorizaron el uso de la violencia revolucionaria para derrocar al gobierno y deponer a Bao Dai (Asselin). La Ruta Ho Chi Minh sirvió para desplazar combatientes y mover equipamiento militar desde Hanoi hacia el sur preparándose para la lucha. El 20 de diciembre de 1960 se fundó el Frente Nacional para la Liberación de Vietnam (FNLV) que protagonizó acciones esporádicas como parte de una campaña sostenida contra el ejecutivo que apoyaba Estados Unidos; combatientes del norte infiltrados en Vietnam del Sur para organizar la insurgencia, un frente único que se organizó incluyendo nacionalistas no comunistas con el objetivo común de acabar con el gobierno intervenido de Saigón. Un año después, los asesores de inteligencia norteamericanos elaboraron un informe para evaluar la si-

tuación. Kennedy firmó un tratado de ayuda económica y militar con la República de Vietnam: sesenta y cinco millones de dólares en equipamiento y ciento treinta y seis millones en fondos de cooperación que fueron insuficientes (Ballinger y Tucker 570).

El número de asesores externos aumentó a más de tres mil doscientos, si antes sólo colaboraban con el estado mayor y hacían trabajo de despacho, ahora comenzaron a entrenar a las unidades de combate terrestre supervisando sus batallones y regimientos, pero el ejército de Vietnam del Sur no fue capaz de manejar la situación. En 1961 todos los combatientes de la insurgencia se unificaron en el Viet Cong, expresión que significaba “vietnamitas comunistas” en jerga despectiva, reuniendo quince mil guerrilleros a los que se fueron añadiendo más y más soldados norvietnamitas que pasaban por la Ruta Ho Chi Minh y muchos campesinos que despreciaban el gobierno de Diem y sus aliados americanos y estaban dispuestos a combatir por la causa. En 1962 era más de trescientos mil.

La batalla de Ap Bac se promocionó como una victoria para el ejército de Vietnam del Sur alegando la retirada del Vietcong, pero los analistas lo valoraron de forma completamente distinta: una pequeña fuerza del VC hizo frente a una fuerza mucho más grande de la 7ª División del ARVN (el Ejército de la República de Vietnam por sus siglas en inglés) aguantando el pulso con firmeza antes de abandonar la zona ordenadamente y sin sufrir graves bajas (Elliot 77; Gaspar 57-59). Los vietcongs eran duros y los soldados survietnamitas que habían entrenado los asesores eran demasiado tibios, poco efectivos, una nulidad. Consciente de su flaqueza, el gobierno de Diem adoptó medidas represivas queriendo acabar con la disidencia. Su hermano Ngo Dinh Nhu, jefe de la policía secreta, decidió que los budistas eran un grupo problemático para el régimen: en mayo de 1963 el ejército disparó contra una multitud de budistas que se manifestaban en Hué para protestar contra las políticas discriminatorias del gobierno. Poco después un monje budista se inmoló prendiéndose fuego en una calle céntrica y bien transitada de Saigón. Las imágenes salieron en los noticieros de todo el mundo y causaron una gran conmoción también en Estados Unidos. Ngo Dinh Nhu no aflojó su campaña de represión y envió sus fuerzas especiales a varios templos budistas causando la muerte de numerosos monjes, hubo una oleada de protestas estudiantiles en Hué y Saigón como reacción al suceso y las tropas del ejército tuvieron que vérselas con cuatro mil estudiantes enfurecidos (Anderson, “The Diem Years: Kennedy” 39; Kaiser 226). Era evidente que Ngo Dinh Diem había perdido el control del país, si es que lo había tenido alguna vez. El número de simpatizantes comunistas aumentaba cada día y ningún survietnamita respaldaba la gestión dura pero ineficaz del gobierno (Short, “The Problem of Diem” 263). Al final, hasta Kennedy le retiró su confianza y alentó en secreto un golpe de estado que acabó con la vida de Diem y su hermano. Tres semanas después Kennedy fue asesinado en Dallas.

Cuando Lyndon B. Johnson tomó asiento en el despacho oval heredó un problema demasiado grande para manejar. Saigón ahora estaba al mando del general

Duong Van Minh pero la guerra iba realmente mal para el bando survietnamita y dieciséis mil asesores estadounidenses en Vietnam estimaban que solo era cuestión de tiempo que cayera en manos del comunismo. Treinta y cinco mil guerrilleros del Vietcong y ochenta mil soldados irregulares barrían el suelo con su ejército. Cabía la posibilidad de que China se involucrara en el conflicto como sucedió en Corea, así que Johnson mandó un mensaje a Ho Chi Minh tratando de frenar una escalada. Washington quería mantener una “guerra limitada” que no se propagara más allá de Vietnam y al mismo tiempo no podía dejar al comunismo campar a sus anchas y defraudar a los votantes que lo consideraban una gangrena planetaria (Moyar 375).

El programa de Lyndon Johnson, aquella “Gran Sociedad” que debía dar estabilidad y confianza en un periodo de incertidumbre, quedaría en entredicho si el presidente no mostraba contundencia en política exterior. El 2 de agosto de 1964 le dieron la excusa perfecta para dar el paso: unas lanchas patrulleras norvietnamitas dispararon contra el USS Maddox en el golfo de Tonkín y Johnson acudió al Congreso para buscar el apoyo político que lo autorizase a responder militarmente a la agresión (Anderson, “Credibility: Lyndon Johnson’s War” 42-45; Bernstein 350; Logevall 45-47). La cámara votó a favor con solo dos votos en contra del Senado y la Resolución del Golfo de Tonkín proporcionó al presidente autoridad plena para ordenar una intervención a gran escala como represalia. Estados Unidos bombardeó Vietnam del Norte y Hanoi envió unidades por la Ruta Ho Chi Minh atravesando la frontera con Laos para unirse a la insurgencia en el sur. Esto marcó un punto de inflexión: no sólo los guerrilleros del Vietcong sino las tropas regulares del ejército norvietnamita ponían al gobierno contra las cuerdas. Los últimos meses de 1964 intensificaron los ataques: los hoteles donde se alojaban los oficiales estadounidenses en Saigón, la base aérea de Bien Hoa, un puesto avanzado del ejército en la provincia de Tay Ninh junto a la frontera con Camboya, la provincia de Binh Dinh en la zona centro del país... así hasta la base aérea norteamericana en Pleiku en enero del 65. Un golpe tras otro, los de Ho Chi Minh les dejaban sin respiración. Johnson respondió con la Operación Rolling Thunder, una campaña de bombardeos sistemáticos contra objetivos en Vietnam del Norte desde febrero de 1965 que se alargó los próximos dos años (Moss, “The Air War against North Vietnam” 204; Wiest y McNab, “Rolling Thunder” 39). Quedará para la posteridad como una de las campañas aéreas más ineficaces de la historia; si debía servir para disuadir a Ho Chi Minh y que abandonara la guerra, sólo provocó el efecto contrario. Dio incentivos a los comunistas para luchar con redoblado ahínco torciendo el brazo del ejército survietnamita y alentando a los opositores del gobierno, que se vio en evidencia por los casos de corrupción política y las deserciones masivas: más de cien mil soldados del ARVN desertaron al acabar 1965 dejando al ejército mermado. Si antes era débil, ahora era raquítico.